

préndese por lo tanto en la denominación general de alcoholismo, no sólo el estado de ebriedad como vulgarmente se cree, sino también la intoxicación lenta que resulta del uso del alcohol en cualquiera dosis peligrosa para la salud. Magnan, el insigne investigador del envenenamiento alcohólico, ha escrito esta gran frase que equivale á un descubrimiento: «El verdadero alcohólico es el que no se embriaga.»

(El alcohol es sustancia que no se elimina del organismo; antes bien, se almacena en él. En tal virtud, por moderadas que sean las dosis habituales, van depositando íntegramente sus principios intoxicantes, hasta determinar los desórdenes morbosos que en seguida expondremos. Basta lo dicho, asegurado ya definitiva y sólidamente por la ciencia, para comprender el apotegma de Magnan, y formarse cabal idea de la verdadera noción científica del alcoholismo, conforme á la cual, no sólo es alcohólico el ebrio, ni es quizá el más funesto para su generación, sino toda persona que tiene el hábito de ingerir más ó menos cantidad de sustancia embriagante, aunque no llegue ni al primer período de la ebriedad. Salta á la vista que pertenecen á esta categoría de alcohólicos inconscientes, toda esa multitud de individuos que acostumbran tomar varias copas de alcoholes distribuidas en el día, particularmente antes de los alimentos, en los entreactos de las representaciones teatrales, en los intermedios de las fiestas, etc., etc.)

Esas libaciones determinan un estado patológico más ó menos sensible, más ó menos conocido del propio sujeto, sobre todo en lo referente á alteraciones del hígado, desórdenes de la circulación, desviaciones de las funciones digestivas, pérdida de la memoria y decaimiento de la actividad intelectual; pero donde se manifiesta enérgicamente, es en la generación, notable por su raquitismo y por los caracteres que oportunamente expondremos.

Llevada esa costumbre, jamás impune, á proporciones más elevadas, aparecen en el individuo terribles desórdenes nerviosos, por lo regular incurables, que expongo detalladamente en el *trabajo in extenso* de que he hablado, y de los que sólo mencionaré aquí los más importantes.

CONSECUENCIAS DEL ALCOHOLISMO

EN EL INDIVIDUO.

A fin de proceder con método en esta parte de nuestra investigación, preciso es subdividirla en tres, que aunque íntimamente ligadas, conviene observar por separado, á saber: 1° Consecuencias del alcoholismo en el individuo; 2°, en la generación; 3°, en la sociedad.

Acompañadme, señores, al examen del monstruo lo más cerca posible. Ya que tiene apretada entre sus enormes tentáculos, cual presa exánime, á casi toda la generación presente, fuerza es alentar el valor de verle cara á cara.

Entre los efectos de la primera categoría, aparece desde luego esa horrible negación de la vida mecánica que Toulousse y otros especialistas designan con el nombre de pseudo-parálisis general alcohólica. Ella es como el nuncio del agotamiento que vendrá en la cuarta generación, como el exordio del libelo de repudio que la naturaleza dará más tarde á la generación del alcohólico. (A veces, dice Toulousse, el alcoholismo simula la parálisis general. El enfermo adolece de torpeza en la palabra, temblor de manos y de lengua, debilitamiento físico pronunciado é ideas absurdas de grandeza.) En ocasiones declárase definitivamente la parálisis general. Este asunto de la etiología alcohólica de la demencia parafítica ha sido muy controvertido en los últimos años. Se sabe que el alcoholismo era considerado al principio de este siglo por Bayle y Calmeil como uno de los principales factores de la parálisis general. Esquivel¹ aseguraba también que la parálisis general complicada de locura, era más frecuente entre los individuos entregados á los excesos venéreos y los alcohólicos. Marcé² más tarde, indicó terminantemente este origen, y enseñó que el diagnóstico en esos casos no es siempre fácil, porque el alcoholismo crónico presenta ciertos síntomas que pueden disiparse á influjo de la abstinencia, tales como la debilidad intelectual, temblores de labios y manos y torpeza de la palabra.³ Hasta esa época los discípulos y sucesores

1 Esquivel. Des maladies ment. 1838 II 272.

2 Marcé. Traité pratique des mal. ment. 1862 475.

3 Toulousse. Les causes de la folie. 1896 p. 181.

de Esquivel, difirieron de su maestro en considerar como consideraron la parálisis general cual una entidad mórbida perfectamente definida. Sin embargo, en 1853 Falret describió varias especies de parálisis. Sansson en su «Herencia Normal y Patológica» ha demostrado que la lesión, cualquiera que sea, física ó funcional, la modificación de las propiedades características del alcoholismo, es transmisible por la vía hereditaria, y que se manifiesta sobre todo en los signos cerebrales. Esos signos, dice, presentan una infinidad de variedades desde la más pequeña excentricidad de carácter hasta la parálisis general. Así pues, en Suiza, aunque por virtud de la ley disminuyeran los alcohólicos, en un tiempo dado, no disminuyeron los herederos de los anteriores á la ley; y pues la parálisis se transmite por herencia, la estadística de los paralíticos no podía disminuir en la época en que se hizo el cómputo. Otras objeciones de menor importancia han sido presentadas por Marie,¹ Voisin,² Christian³ y Pierret;⁴ mas todos convienen en la gran influencia del alcoholismo sobre esa afección. Lo reconocen unos como causa original, lo aceptan otros cual ocasional, pero ninguno hay que desconozca las relaciones entre la parálisis y el alcoholismo.

De esta manera la naturaleza acepta el ultrajante reto del alcohólico. El le arroja al rostro la razón como un absceso nacido á la vida animal, avienta el alma como un estorbo de sus apetitos; le devuelve insultantemente la palabra, la fuerza de sus músculos, la energía de sus manos, como obstáculos que le impiden arrojarse cual masa bruta en el abismo de la estupidez. La naturaleza, señores, en reivindicación de su dignidad altísima no acepta las devoluciones provisionales, sino que las convierte en perpetuas. Ruge de celo y de vergüenza ante la ingratitud del hombre, se apodera del ebrio con las garras salidas, destroza las fibras de su lengua, la hincha y enreda en filamentos de plomo, detiene el dinamo de la vida que comunicaba poder á sus nervios, lo convierte en esfinge sucia y repugnante y sumerge su espíritu bajo el alud de la nieve eterna, lo arroja como al oso blanco á la caverna de los hielos perdurables.

En efecto, señores, constituye la locura el más frecuente y terri-

1 Congress annuel. C. R. 1892-124.

2 Leçon-Clin sur les mal. ment. 1883.

3 Christian. Recherch. sur la etiol de la par. gen. chez l'homme.

4 Pierret. Lyon Médical. C. R. 1892-178.

ble castigo con que la naturaleza ejerce su ineludible venganza. Percy, Magnan, Joffroy, Garnier y Kippel, nos han descrito ese nuevo caos hecho por el hombre, y á intentó de no fatigaros, condensaré la doctrina científica en el más reducido espacio posible. Todo el mundo conoce el fenómeno de la ebriedad en sus tres períodos: excitación inicial, ebriedad con lenguaje incoherente, ataxia y debilidad muscular, y finalmente período comatoso. En algunos casos esta ebriedad, en vez de disiparse en una noche, se prolonga acompañada de excitación maniaca, frecuentemente con fenómenos convulsivos (Percy), alucinaciones ó ideas delirantes. Entonces la ebriedad se convierte en delirio. Para llegar á éste, las más de las ocasiones, el individuo emponzoñado por el alcohol presenta turbaciones digestivas, temblores y otras lesiones somáticas. En ese caso, un día, con motivo de algún nuevo exceso ó de la supresión de la dosis habitual, de un enfriamiento, de una fiebre, de un traumatismo, de una emoción, sobreviene el *delirium tremens*, que es un delirio sobreagudo, alucinatorio, con inconciencia, gestos desordenados, palabras incoherentes y á veces fiebre de funesto pronóstico. Otras veces aparece el delirio alcohólico sub-agudo. Las alucinaciones de la vista, del oído, son constantes y las de otros sentidos no raras. Las primeras se afectan de una grande movilidad. Los personajes de esa comedia epiléptica, son por lo regular animales. La naturaleza acaba por rodear al alcohólico de una cohorte buscada por él, y concederle generosamente la compañía de aquellos cuya bestialidad quiso asimilarse. Los brutos están ahí, mas no amigablemente como los que rodeaban al industrioso Crusoe en su desierto imperio, sino irritados, feroces, ebrios también, paseándose de un lado á otro de la estancia, con rapidez de lince, agrandándose y empequeñeciéndose como fantasmas. A veces, insectos que corren sobre la piel por todo el cuerpo, en cordones interminables, en direcciones encontradas, presurosos, brotando del estómago como de hormiguero profundo, circulando sin pararse jamás cual infinitas moléculas de azogue; á veces, tigres que se ágazapan en los rincones, y con ojos vidriosos, encandilados como ascuas, como cuencas de lumbré vacías, observan sin parpadear nunca, los movimientos de su víctima; á veces finalmente la tenaz persecución de asesinos ó el decaimiento en una estúpida tristeza, que es como la imagen de la muerte.

La dipsomanía no es, como frecuentemente se juzga, una forma del alcoholismo, ni siquiera consecuencia inmediata de él en el individuo. Es una predisposición mórbida á beber, que Magnan observa entre los degenerados. El apetito sobreviene por crisis, es más ó menos irresistible, y ordinariamente no produce ebriedad. Todos los alcoholes son capaces de provocar ataques epilépticos en el dipsomaniaco; mas el ajeno tiene propiedades convulsivas muy notables, y las tienen igualmente esas otras bebidas que marcan en México la hora verde, que se consumen en todas las cantinas con el nombre de aperitivos y se toman con gusto, con afán, como un suicidio delicioso: el bitter y el vermouth, venenos convulsivos por el ácido salicílico y el salicilato metílico que contienen, así como los licores de diversas almendras, por la benzanitrila y la aldehida salicílica. Por este medio, y entre los obsequios de la amistad, se ha establecido la costumbre de enviar como precursor del alimento una buena dosis de ponzoña que invada rápidamente la economía, preparándola lo peor posible para la asimilación y la nutrición. No olvidaré, señores, por ser de interés particular en estos instantes, el Whiskey, el gran veneno americano, fatalmente introducido ya en nuestros expendios. Las observaciones y experimentos del eminente maestro Laborde y los de Magnan, demuestran que los alcoholes destilados de granos (como el Whiskey), contienen la aldehida salicílica, la aldehida piromúica, y poseen por lo mismo en muy alto grado las propiedades convulsivas. Esos autores han descubierto que las consecuencias de tal alcohol son iguales á las del terrible ajeno, y encontrado en aquel *el cuerpo del delito*, como dice Toulouse, el agente epiléptico.

Mas independientemente del delirio sobre-agudo y sub-agudo, el alcoholismo crónico progresivamente conduce, mediante la decadencia intelectual, á la demencia absoluta, á ese sótano de la tiniebla sin término, á cuya entrada la ciencia ha escrito la pavorosa frase de Alghieri: «lasciate ogni speranza, voi chi intrate.»

Los estragos del alcoholismo en este punto han sido notablemente desastrosos. Desde 1860 su progresión se ha hecho colosal, pues que aparece cuadruplicada. En aquella fecha la proporción de locuras alcohólicas era de 8 á 9 por 100 en Francia; en 1890 esa proporción se ha elevado al 35,51 por 100. M. Garnier ha revelado que en París, y durante el período de 1874 á 1876, el medio anual

de los delirantes alcohólicos fué de 367,33, y en el trienio de 1886 á 1888, el promedio subió á 729,64. De 8,139 casos de enajenación mental, había 2,189 de locos alcohólicos, los más numerosos de todos. Una estadística novísima debida á M. Legrain, demuestra que la proporción alcohólica de las demencias comprobadas en el hospital de Santa Ana, ascendió de 1887 á 1890, al 24 y 28 por 100 en los hombres, y del 3 al 8 por 100 en las mujeres; y de 1890 en adelante al 35,51 por 100 en los primeros, y 11,61 por 100 en los segundos.

Ya veremos, señores, cómo las proporciones de locuras alcohólicas en México, son muy superiores á esas que tan horrorizados tienen á los médicos de Europa.

Pero además de esos pavorosos estragos psíquicos, se producen en los alcohólicos las enfermedades que marcan las más grandes cifras de mortalidad, como las enteritis, las gastritis, enterocolitis, hepatitis, cirrosis, tuberculosis alcohólicas y otras muchas que envían diariamente enorme tributo al sepulcro.

III

Pasemos ahora á considerar la segunda categoría de las consecuencias del alcoholismo, esto es, la de aquellas que se refieren á la generación. Hasta hoy hemos examinado al alcoholismo como un hecho, si bien punible ante la conciencia, extraño á los alcances de la ley positiva. La primera, emanando de un precepto superior al hombre, extiende su jurisdicción hasta los actos exclusivamente individuales; la segunda, creada por el hombre mismo, tiene su origen en el respeto al derecho de tercero. La teoría moderna de la ley, teoría á cuya luz penetraremos en el análisis legal de este asunto, es, bien lo sabeis, la siguiente: «*El hombre es libre para hacer todo aquello que no perjudique á otro.*» Y como en la parte resolutive ó sintética del presente estudio, hemos de proponer la pena al uso dañino del alcohol, por razón de seguro perjuicio á tercero, importa para asegurar nuestros ulteriores consiguientes, examinar estas cuestiones: El alcoholismo ¿produce consecuencias seguras y perjudiciales á la generación? ¿La ebriedad es un acto externo perceptible por la autoridad y que causa directa é inevitablemente

perjuicio físico y moral á tercero, ó en otros términos: ¿existe el heredismo alcohólico científicamente comprobado?

Debemos ante todo establecer distinción entre dos clases de fenómenos que los especialistas suelen confundir y que Samson¹ separa claramente: los fenómenos de heredismo y los congénitos. Los primeros consisten en la transmisión que hace el alcohólico de las lesiones contraídas á sus descendientes, en tanto que los segundos pueden ser determinados por deformaciones ó ineptitudes causadas por la intoxicación de los organismos.

Hé aquí un hecho clínico que me excusará de prolija exposición de doctrina á este respecto. En 1892 los Doctores Magnan y Galippe presentaron ante la sociedad de biología de París un individuo cuya observación llevaba el título siguiente: «Acumulación de estigmas físicos en un débil; braquicefalia, plagiocefalia, acrocefalia, asimetría facial, atresias bucal.» El individuo que presentamos M. Galippe y yo, decía el informe, pertenece al grupo de los herederos degenerados. Es un débil que acumula en proporciones excepcionales los estigmas físicos más bien comprobados. En él, las desviaciones nutritivas gravitan sobre las cuatro extremidades, el cráneo, el rostro, y particularmente sobre el aparato dentario, que es el asiento de las grandes modificaciones. Trátase de un joven de 35 años, cuya línea materna toda registra alcohólicos, así como accidentes nerviosos y cerebrales. Desde los dos á los diez años, padeció frecuentes cefalalgias muy dolorosas, acompañadas de accesos paroxísticos, con gritos y vómitos. Esos fenómenos eran la traducción exterior de un trabajo plegmático de la base del cráneo, que produjo simostosis prematuras, las que redujeron el diámetro antero-posterior, abovedamientos compensadores en el bregma y en la región fronto-parietal derecha; al mismo tiempo que las cavidades orbitarias han tenido que alargar los globos de los ojos.» Ese caso es el tipo de los efectos del alcoholismo en la generación.

Todos estos fenómenos pueden considerarse hereditarios rigurosamente? Samson afirma que no. Juzga á los más congénitos; pero de todas maneras es incuestionable que el alcoholismo ha hecho papel importante en todos esos estigmas. Acaso Faquet² ha establecido la verdadera doctrina científica en ese punto. «En el alcohó-

1 L'Hérédité Normal et Pathologique.

2 De la herencia en el alcoholismo.

lismo, dice, como en todas las afecciones que se transmiten de ascendientes á descendientes, hay herencia de similitud y herencia por metamorfosis. Es decir, que cuando ha sido afectado distinto órgano, varían las manifestaciones y por lo tanto los síntomas. Es el caso de la metamorfosis; así como al ser uno mismo el órgano afectado, y por lo tanto iguales las manifestaciones y el cuadro sintomático, la transmisión se hizo por similitud. Mas de todos modos resulta, pues, que los hijos de los alcohólicos nacen con estigmas causados originariamente por la intoxicación de sus padres. Ese hecho está considerado ya indiscutible por la ciencia. ¿Cuáles son las lesiones que se transmiten? Hablaré de las principales, aquellas cuya enumeración sea precisa para el objeto propuesto.

Desde luego aparece un género que Lasague y Feré¹ han sido los primeros en estudiar, y acaso descubrieron: *los alcoholizables*.

Estos no son lo mismo que los dipsomaniacos. El alcoholizable es un tercer tipo alcohólico, cuyo síntoma principal consiste en eso que el vulgo llama «llevar mal la bebida.» El alcoholizable es débil de carácter, más activo que pasivo.

«La mayor parte, dice Feré, son gentes débiles, fáciles de dominar. Sucede que los amigos invitan al alcoholizable á beber. Por vez primera rehusa, porfia débilmente, al fin cede. De copa en copa resbala por la pendiente, hasta que una circunstancia cualquiera da término á la reunión. Al día siguiente continúa con dosis moderadas. Las noches son fatigosas, el apetito disminuye, sobre todo en las mañanas, sobreviene el asco, la náusea y la necesidad instintiva de combatir por medio de bebidas más y más fuertes, la creciente repugnancia del estómago. Por último, mediante una progresión más ó menos rápida, y después de prolegómenos más ó menos durables, en los cuales no figura la ebriedad, viene el gran desorden que produce el ataque.» Tal es el proceso patológico del alcoholizable. Él aparece en la primera categoría de los desdichados herederos del alcoholismo. Es un ser inmensamente lastimoso; no lo pasemos inadvertido, sólo porque no lo miramos víctima de las contorsiones del epiléptico.

Para el filósofo que ahonda los grandes infortunios del hombre encerrado en el secreto de su vida íntima, es éste uno de los más

1 Notas sobre los alcoholizables.

dignos de conmiseración y defensa. Trae á la vida el más trascendental acaso de los infortunios morales: la debilidad de carácter. Entra, pues, al estadio de las mil acerbas y recias luchas que comprende el programa de la existencia humana, sin loriga y sin brazos. Es el mutilado del alma. Desarmado de la voluntad, mejor dicho de la energía volitiva, será el esclavo universal, arrastrado siempre á la servidumbre de todos los caprichos, las tiranías, los abusos y las crueldades. Verá siempre delante de sí sus derechos y sus aptitudes, sin atreverse á tocarlos en presencia de nadie. Desde la ribera en que está rodeado de injusticias, privaciones y miserias, verá en la ribera opuesta sembradas muchas felicidades á que podría llegar pasando por el puente de la voluntad. Pero está roto, y sufre tormento no imaginado por Tántalo. Será el juguete de sus subordinados, la víctima de sus superiores, el manequí de sus amigos, acaso la burla de su hogar, la perpetua bancarrota en sus negocios, la presa segura de todos los abusos, las iniquidades y los vicios. Salió maniatado del vientre materno. El autor de su vida al engendrarlo, lo puso fuera de la ley. Lo condenó á la raza de los párias. Lo maldijo con esta horrible sentencia: «cuando caigas, no podrás levantarte; cuando estés de pie, no podrás sostenerte; cuando el trabajo te brinde con una conquista, no podrás alzar tus brazos; cuando la ley te ponga en la mano un derecho, una justicia, una reivindicación, no tendrás fuerza para cerrar tus dedos, se quedarán abiertos como los de las estatuas, y cualquier transeunte podrá arrebatarte lo que tienen; cuando te infame la calumnia no sabrás cortarles las alas de relámpago; cuando te hiera la deshonra, apenas osarás inclinarte; cuando te aseche el vicio, te dejarás caer en sus brazos; serás el idiota de la voluntad, el proyectil vivo con que jugarán al blanco todos los espadachines sociales.»

Siendo, pues, la nulidad y positiva abyección del carácter el legado casi indeficiente del alcohólico, contrista el cuadro que se presenta á los ojos en el porvenir, si la difusión del alcoholismo prosigue, y la ley no acude presurosamente á contener sus invasiones. Una raza de débiles que tendrá por fabulosas las historias de nuestros grandes hombres, que no creará en nuestros héroes, ya de la patria, ya del trabajo, ya de la ciencia, sino como figuras mitológicas, inventadas por novelistas; raza que no sabrá defender sus grandes intereses, ni oponer la constancia y energía del trabajo y del estudio

á la invasión del extranjero; raza miserable que sólo servirá para rellenar los presidios, los asilos y las bodegas de esclavos.

Otra segunda categoría de herederos alcohólicos, clasificada ya por los maestros, es la de los débiles de la inteligencia, que los tratadistas designan con el nombre de falsos precoces. Cuanto se ha vulgarizado el alcoholismo, se ha multiplicado por consiguiente ese fenómeno, que es como un engaño, un gran chasco, quizá una retractación de la naturaleza. Todos vosotros lo habreis observado con frecuencia: me refiero á esos niños que en los primeros años de su desarrollo dan señales de una inteligencia asombrosa, y llegando á la pubertad, quedan convertidos en los seres más vulgares. Su precocidad espanta realmente. Es un tipo exclusivo de nuestro siglo. Desde comenzar la lactancia, maravillan sus progresos en entender y expresar. Cada día sus padres se muestran más satisfechos. Aquel niño va á ser el orgullo de la familia, acaso de su patria. Las gracias primero, las ocurrencias después, las interrogaciones, las respuestas, las intuiciones, algunos arranques de genio, momentos de seriedad increíble, una alma de adulto pensando dentro del cráneo de un bebé, todo, todo anuncia que hay ahí un pequeño Pasteur que ensaya el vuelo para remontarse muy pronto al zafir de la gloria. Los padres y amigos conciben esperanzas gigantescas. Pero aquel niño llega á cierta edad, que nunca se extiende á más allá de los 15 años, y sufre psíquicamente inesperada transformación. Aquellas aptitudes maravillosas fueron un pomo de éter que se quedó destapado. El genio se evaporó. El profesor no encuentra ni rastros del prodigio. Falta sobre todo la memoria, facultad casi nula en el heredero alcohólico. Excentricidades de carácter, melancolía habitual, pereza, vulgaridad suma, inclinación á lo vil, lo subterráneo, lo menguado, es cuanto queda de aquella suntuosa promesa de la infancia. En general, la debilidad intelectual y moral son los primeros ineludibles caracteres de la herencia alcohólica. Así lo han demostrado autoridades tan eminentes como Samson, Quatrefages,¹ Esquivel, Seguin, Morel, Lucas, Dehaut, Demeaux y Vousguier.

Vienen á continuación los estigmas físicos; pero antes de ocuparme en ellos, no pasaré inadvertidos algunas de las muchas lesiones

¹ Unidad de la especie humana.

cerebrales que causan en multitud de casos la desdicha personal de este linaje de herederos. Y ya que no es posible enumerarlas todas, mencionaré algunos: los *suficientistas* y los que Magnan apellida *antiviviseccionistas*.

Son los primeros, ciertos individuos que no obstante traer la herencia alcohólica, logran más ó menos desarrollo de la inteligencia y del carácter; en cambio adolecen de una perturbación cerebral, regularmente inadvertida para la mayoría de los profanos. Tal perturbación consiste en una gran suficiencia de sí mismo. El *suficientista* confía exageradamente en sus recursos personales; se cree capaz de grandes empresas, hombre superior, ya por el carácter, la inteligencia ó la instrucción. Entiende que es el blanco de la envidia de muchos; no soporta la elevación ó triunfos de otros; asegura que todos le atacan en el misterio; la enemistad, el antagonismo son necesarios á su vida moral. Presume de audaz y de valiente, y se atribuye frecuentes victorias. Es díscolo y tenaz por programa, murmurador, desenfrenado y provocativo. Se da aires de gran persona. Con tales circunstancias el vacío social lo rodea, mientras una atmósfera de antipatía, de resentimientos y agravios pesa sobre él. La sociedad mira ahí un culpable á quien perseguir, cuando en realidad no hay sino un extraviado á quien curar ó perdonar. Mas como la ignorancia ha sido el gran verdugo desde el Calvario hasta el altar azteca, la animadversión y la repugnancia hacen de aquel infeliz un expatriado moralmente de la sociedad, un ser odioso y abominable, á quien ella castiga con la expulsión y el desprecio.

El *antiviviseccionista* descrito por Dejerine, es un heredero alcohólico, cuya perturbación cerebral se revela en un exagerado amor á los animales.

«Las preocupaciones de los *antiviviseccionistas*, dice ese autor, respetables en principio, conviértense en absolutamente nocivas y se acompañan de turbaciones nerviosas que caracterizan perfectamente el sufrimiento físico y moral de esos enfermos. Inquietos, atormentados constantemente por la suerte de los pobres animales, estos ocupan toda su existencia. De ahí las mil extravagancias de que sólo él no tiene conciencia. Dominado día y noche por la idea de hacer felices á los animales, abandona frecuentemente sus ocupaciones habituales, y pasa el tiempo quitando de la vía pública las piedras que puedan lastimar á los caballos, defendiéndolos de

un cochero brutal, etc., etc. Los ejemplos son numerosos y su carácter *sindrómico* no tiene duda.»

Pero todos estos desequilibrios del funcionamiento psíquico, que incapacitan al hombre en más ó menos grado para los asuntos graves de la existencia, todas estas formas de la debilidad intelectual, á las que agregaré la monomanía espírita, la del suicidio, la hipocondría, se eclipsan, señores, junto á las grandes y pavorosas agrupaciones de los estigmas de etiología alcohólica. Buena parte de mi ilustrado auditorio los conoce, y baste ello para excusarme de enumerarlos aquí, pues que si tal empresa acometiera, necesitaría las páginas de un grueso volumen. Me limitaré á mencionarlas, lo cual será suficiente para apoyar el concepto que sobre la culpabilidad paternal, y por lo tanto la penalidad correspondiente, emitiremos al fin de este trabajo. La esterilidad, la epilepsia, la histeria, la neurastenia, la demencia, especialmente la imbecilidad, constituyen las principales agrupaciones. Y si bien no trataré de acumular pormenores clínicos, importa sobremanera definir las con precisión para conocer suficientemente la herencia terrible que el alcohólico lega á su desdichada *descendencia*, con autorización de la ley, ó por lo menos en paz con ella; injusticia odiosa que la cultura de nuestra época no debe tolerar por más tiempo.

La locura, señores, constituye una de esas herencias. Todos los alienistas admiten un grupo de locuras hereditarias.¹ La existencia de ese grupo de locuras, dice Dejerine, no se remonta á época lejana, y puede decirse que es Morel quien primero se esforzó en recoger y clasificar los estigmas que la herencia desarrolla en cierta especie de enajenados. Tres opiniones hay sobre la materia. Para unos autores la herencia no es más que una causa predisponente; según otros, imprime un carácter particular á las diversas formas; otros finalmente, y es la gran mayoría, aseguran que existe una psicosis particular llamada hereditaria. Este término, agrega el eminente maestro citado, es impropio, porque la herencia domina toda la locura, por más que su influencia se haga sentir de diversas maneras en cada forma mental. En el grupo especial llamado hereditario, la influencia del heredismo prepondera absolutamente. Los signos especiales de esos estigmas hereditarios han sido señalados por

¹ Samson, ob. cit. 302.